

La casa-archivo de Graus

Por

J. M. A. V.

Gracias a la cuidadosa atención de las familias de don José María Auset y doña Martina Mur, se ha conservado el aposento que ocupaba don Joaquín.

Por la escalera se accede a la planta alta. Todo está allí, sencillo y modesto, en el propio estado; la mesa de trabajo, su misma mecedora, algún grabado en las paredes, anaqueles con libros y la colección de carpetas, a modo de archivador de mano, clasificado por asuntos, que reúne artículos, recortes de periódicos, apuntes o notas de referencia, borradores, cartas, etc. Todo parece vivo en esa austera estancia que, además de cuarto de trabajo y archivo, fue refugio donde consumió los últimos años de su vida, entregado al estudio y a llorar los males de la Patria.

A un lado, la puerta y una ventana dan acceso a la terraza que da vista a un hermoso y dilatado paisaje. Algunos atardeceres de verano, allí relajaba su atormentado espíritu, dando breve tregua a su cansado organismo. Este balcón ofrecía a Costa elementos sugeridores de su política hidráulica. A sus pies, el río Esera, el que inspirara sus emotivas «Lamentaciones de un río escuchadas por Costa», el que habría de liberar del hambre a la Litera: «Todas las mañanas, al levantarme, escucho esa voz del río, que llega a mis oídos, siempre igual, como una letanía diciéndome: «Yo soy la sangre de la Litera, pero no corro por sus venas, y por eso la Litera agoniza... Recogedme, sigue diciendo en su infatigable canturía el río Esera; no seáis ciegos ni desidiosos, ni desmañados, ni cobardes».

A su derecha, la confluencia de los ríos Esera e Isábena, en la misma cola del embalse, por el que tanto luchara en vida y a cuyas iniciativas se debe. A su izquierda, el Pirineo con sus nieves, generador del agua que derramada por los páramos de las tierras bajas, habría de traer la riqueza y la libertad del labrador, y la prosperidad de España. Cierra al frente la montaña de Las Forcas.

A partir de su definitiva retirada de la vida pública, pocas personas fueron recibidas en esta estancia; sólo familiares y algunos amigos de la localidad, tuvieron el privilegio de franquear la puerta de acceso al que fue llamado, en su día, «El refugio del León de Graus».

